

EL ARTE Y EL IMPERIO

por

FRAY JUSTO PEREZ DE VRBEL
O. S. B.

EL ARTE Y EL IMPERIO

HAY muchos, miopes o perversos, que se empeñan en em-
pequeñecer nuestra lucha reduciéndola a una cuestión
económica y social. Se combate, se muere, por ganar
algunos dineros o por conservarlos, por conquistar un bien-
estar terreno o por no perderle, por adquirir una ventaja mate-
rial o por no perder un privilegio. No faltan egoísmos, cier-
tamente, y hay gentes venenosas que están interesadas en man-
tener las sombras y las confusiones para mejor defender
absurdas actitudes, pero en la conciencia de todos está que es
algo más hondo lo que aquí se ventila. Se trata sencillamente,
de ser o no ser; de adherirnos a un concepto de la vida que nos
llevaría a la ruina absoluta o de escoger un ideal opuesto, que
nos libraría del precipicio. O comunismo, o sea, aniquila-
miento total, o triunfo de nuestra revolución con todo lo
bueno, lo noble, lo bello que llevamos dentro de nosotros
mismos o que hemos heredado del pasado. Mucho nos preocu-
pa el bienestar material, pero más que nuestra renta, más que
nuestro terruño nos importa nuestra esperanza inmortal, nues-

tra dignidad humana, nuestra gloria de españoles, nuestra religión, nuestra patria, nuestro arte y nuestra cultura.

Todo ésto es lo que nos querían arrebatar, y todo ésto es lo que salva y recoge y asegura Falange en el haz indisoluble de sus flechas. Lo recoge para depurarlo, para engrandecerlo, para imprimir en ello la llama de su aliento juvenil. Porque todo necesita ser restaurado y vivificado para que concurra a la realización del gran designio. El edificio imperial necesita el esfuerzo mancomunado de todos los valores, de todas las actividades, de todas las virtudes y de todos los principados: el Amor y la Justicia pondrán los cimientos; la Disciplina y el Trabajo levantarán los muros; la Obediencia y la Concordia tenderán las bóvedas en el espacio; y después vendrán la Alegría, la Confianza, la Fe, la Oración, la Cortesanía, la Humildad, con todas sus hermanas, hijas del cielo, para decorar los pórticos, y tejer los tapices brillantes, y labrar los artesones y pulimentar los mármoles y los bronces y cubrir de gracias y magnificencias las estancias del alcázar maravilloso.

Y vendrá también el ingenio con sus luces de inteligencia y de inspiración; también él con toda su prole, arte, literatura, verso, prosa, idea, ritmo, líneas, colores, matices, sonidos, formas, sonrisas, emoción, belleza. Vendrá, pero renovado, purificado, jerarquizado y dignificado. Se reclama su presencia, porque es grande su misión en la construcción y decoración de la fábrica excelsa; pero también de él se exige disciplina y humildad. Las flechas de oro le abrazan amorosamente; pero al lado tiene el yugo, condición ineludible de toda fecundidad.

ASI pues, la revolución alcanzará al arte, como a las demás formas de la vida. Tal vez él la necesita más que ninguna otra, más que la tierra, más que la fábrica, más que el taller. Revolución, es decir transformación, retorno de la anemia a la salud, de la muerte a la vida. Porque si Falange es unir, volver a estrechar lazos, a entablar concordias fructíferas, también él necesita de este oficio misericordioso, sin el cual pronto se vería en trances de agonía. Ha sufrido del mal del siglo, de la epidemia que ha desencajado todos los resortes de la vida moderna: el liberalismo. La ciencia se rebeló contra la fé; la fé ¡aberración inaudita! quiso rebelarse contra la revelación; la razón se reveló contra las leyes de la vida, y el instinto se burló de los imperativos de la razón. Y el arte gritó a su vez: "¿Sólo yo voy a ser esclavo?" No; seré yo mismo, romperé todas las cadenas; seré arte puro. Y se divorció de la idea, de la tradición, del bien y de la moral. El pintor ya no quiso estudiar el cuerpo humano. ¿Por qué la pintura iba a estar sujeta a la anatomía? El poeta se convirtió en forjador de ritmos sin sentido. ¿Por qué la inspiración iba a estar sujeta a la sindéresis?

Y el arte puro, orgulloso de su dignidad, pagado de sí mismo, imaginándose haber llegado a las cimas de la inspiración, se hundió en la miseria más espantosa, o, lo que es peor todavía en el ridículo más solemne. Digámoslo claramente, contra esa atmósfera de mentira, formada por el autobombo más descarado, contra esa actitud cobarde y borreguil, que se deja alucinar por amplios gestos pontificales.

A primera vista parece como si el arte plástico lo mismo

que la literatura se encontrase en una época de positivo esplendor. Se construía infatigablemente, se escribía desmesuradamente, las imprentas se enriquecían, funcionaban escuelas pagadas por el Estado, se multiplicaban los estudios y los museos, se daban concursos y las exposiciones de toda clase: escultura, pintura, reproducción, grabado, acuarela, se sucedían sin cesar. Las mismas escuelas de primera enseñanza se habían convertido casi exclusivamente en oficinas de hacer dibujos y monigotes. Todo esto sin contar la instrucción ofrecida en los museos, universidades, institutos politécnicos, academias, ateneos, centros públicos e instituciones particulares.

¿Cuándo han tenido los talentos tantos medios para brillar, para triunfar, para producir la belleza? Y, sin embargo, ni los Cervantes aparecen, ni surgen los Murillos, ni brotan en el suelo patrio los Berruguets, ni los Covarrubias vuelven a tender en el aire la gracia sonriente de sus líneas. No necesitamos que Spengler venga a descubrirnos esta nuestra penuria espiritual. De cuando en cuando salta un nombre, que parece renovar nuestros optimismos; pero pasa como el relámpago, se desvanece dejando en nosotros el sabor amargo de la desilusión. Era una mentira más, un engaño de la secta, una creación ficticia del reclamo o del convencionalismo comercial.

Aún quedan restos venerables del viejo romanticismo que tanto se desprecia, sin lograr superarle; no faltan manifestaciones del espíritu académico, en que todavía se puede ver la lógica del arte; y vemos, sobre todo, en el campo de nuestras letras y de nuestras artes, flores delicadas en que sonrío la alegría

estética y ostenta sus riquezas la imaginación, y se advierte un anhelo de novedad, de originalidad, digno de toda alabanza. ¿Quién duda de que existen todavía entre nosotros hombres dotados de genio artístico, continuadores o discípulos de Góngora o de Lope, de Goya o de Velázquez? Hasta pudiera decirse que son demasiados. ¡Pero qué lejos se quedan de aquellos grandes maestros! En cantidad tal vez no se queden por debajo de sus predecesores; pero es calidad lo que deseamos para clasificar una época de esplendor artístico. ¿Qué nos importa esa multitud de cosas medianas, en las que tal vez llega a arder una chispa de belleza auténtica, pero que carecen de la fuerza profunda y genial que las inmortaliza? Pueden servir para divertirnos un momento, pero falta en ellas esa vida plena que resiste a la voracidad del tiempo.

DESPUES de considerar el panorama artístico de nuestro tiempo, recuerdo sin querer la situación en que quedaron las letras y las artes cuando al desmoronarse el imperio macedónico, se interrumpe la serie de los grandes clásicos griegos, y el esplendor de Atenas pasa a las cortes de los pequeños soberanos que se reparten la púrpura de Alejandro. Lo grande, lo fuerte, lo majestuoso desapareció para siempre; a las creaciones profundas y originales sucede una literatura curiosa, artificiosa y sutil. Es el alejandrino artístico y literario.

La poesía alejandrina ya no es popular, como era la poesía griega del siglo de Pericles. No lo es ni quiere serlo. ¡Qué

vergüenza si un oplita o guarnicionero llegase a comprender las figuras y palabras ingeniosas, laboriosamente escogidas para deleitar a los cortesanos de los Ptolomeos, o a los delicados catadores de las más finas esencias retóricas! Y, sin embargo, en Atenas era el oplita lo mismo que el estratega y el cargador del puerto lo mismo que el trierarca, quienes se reunían en torno al rapsoda para escuchar los versos homéricos, y quienes aplaudían las tragedias de Sófocles y juzgaban si eran dignas del premio. Pero esta nueva poesía desprecia al pueblo o le ignora; ni sale de él ni se dirige a él; es una poesía erudita y mundana; poesía de invernadero que levanta su voz entre perfumes aristocráticos y luce sus exquisitos y minuciosos encantos en el cenáculo estrecho de los especialistas, orgullosos de su posición de hierofantes de una literatura exotérica, que aborrece el aire libre y mira desdeñosamente al mundo profano. Escritores y oyentes forman un círculo brillante, en el cual es difícil penetrar. Son hombres duchos en distinciones filológicas; son críticos, son gramáticos, que han logrado un puesto importante en la biblioteca real o el título de directores o profesores de la escuela alejandrina. Han examinado con lupa los escritos de la antigüedad, han comentado los viejos poemas; han lanzado al público ediciones esmeradas de Anacreonte y de Platón. Pero, creyéndose capaces de cosas más perfectas, recogen las ya trilladas fábulas en que no creen y componen nuevos cantos, que en su sentir van a eclipsar a sus más ilustres predecesores. Todo en ellos está exquisitamente medido, palabras, ritmos, imágenes, figuras retóricas. ¡Qué perfección en la forma! ¡Qué musi-

calidad en el verso! ¡Qué novedad en las comparaciones! Y luego, las alusiones eruditas, la colocación ingeniosa de los términos, las cadencias inéditas, las sutilezas del concepto... El pensamiento no tiene importancia ninguna; lo fundamental para esta poesía es el tejido de los sonidos, el ropaje, los adornos. Por desarrollar algún tema, se tomarán los antiguos: el viaje de Jasón y sus compañeros, la cólera de Aquiles, el heroísmo de Héctor; aunque mejor sería no tomar ninguno, y así se habría conseguido la quinta esencia de la poesía, la poesía pura, meta de toda época decadente. ¿No parece ésta la descripción de nuestra poesía actual? ¿No pensáis en las tendencias de todo nuestro arte moderno o modernista? Poetas eruditos como aquellos que se extasiaban ante los manuscritos centenarios de Hesiodo componen un logogrifo después de descifrar un texto borroso y mugriento de algún pergamino medieval o de analizar una página de la Celestina en el aula de un Instituto. Los encontrareis en la escalinata de la Universidad o disfrutando de alguna prebenda en el Centro de Estudios Históricos. Se trabaja para vivir, se escriben versos por puro deporte. Versos puros, fríos, matemáticos, ajenos al palpitar de la vida colectiva, dirigidos a la inmensa minoría de los iniciados. Poesía pura, en su sentir; pura jerigonza para la multitud. Jamás sentirán estos divos de la música verbal la envidiable embriaguez de Lope, cuando en medio de las calles de Madrid se veía rodeado, felicitado y aclamado por las muchedumbres, que el domingo anterior se habían apretujado en el corral de la comedia. Pero ellos no envidian la gloria de Lope; ellos han conseguido algo

más todavía: la liberación de toda anécdota, la depuración de toda vulgaridad, la estilización soberana del arte.

Así pensaban también los maestros alejandrinos: Filetas, Euforión, Zenodoto, Calímaco, Apolonio... ¡Qué sonidos tan huecos tienen estos nombres para nuestros oídos! ¿Dónde están los Argonáutidas y los Aquiléidas, con que se imaginaron obscurecer el brillo de la Iliada? ¿Dónde los dísticos conceptuosos y preciosistas de sus elegías y sus madrigales? El tiempo los sepultó en el olvido, y si algo queda, duerme en las bibliotecas cubierto de polvo. Tal vez hay algún erudito que se acuerda de los fragmentos salvados del naufragio, pero no para buscar el goce de la emoción estética, sino para conocer mejor una época de extravío y de impotencia.

ANTE este fallo de la posteridad, sincero y desapasionado, tenemos derecho a desconfiar de los panegíricos, con que se trata de desorientar a la opinión, y acaso también de matar o adormecer la inspiración auténtica. A veces le vienen a uno ganas de explicárselo todo por una venenosa conjuración diabólica, empeñada en destruir todos los valores espirituales de la civilización cristiana. El verdadero arte se esforzará siempre por expresar a su modo los sentimientos más hondos que pueden brotar en el corazón humano y por esto mismo tiene que despertar los recelos de cuantos luchan por cerrar al hombre las perspectivas del infinito. Para evitar estos inconvenientes, es preciso vaciarle de todo contenido,

convertirle en un juego insulso y vano, arrancar de él toda raíz de pensamiento profundo y vital.

Antes se ha empezado por esterilizar el ambiente. No habremos de la teología, cosa absolutamente ridícula tratándose de pueblos civilizados; la misma metafísica encontrará serios tropiezos para atravesar nuestras fronteras espirituales. Un metafísico puede llegar a resucitar el problema del alma, el de la otra vida, el de Dios; puede llevarnos a la religión y aún a la religión cristiana. Fuera, pues, ese hombre que significa un serio peligro social. ¿No es ésto lo que se ha hecho? Se empezó por suprimir las cátedras de teología en las Universidades, y tras ésto, se trabajó por eliminar poco a poco la metafísica, reemplazándola por la historia de la filosofía, convertida en pura arqueología mental, o por la crítica filosófica, que si había de ser objetiva tenía naturalmente que llegar a la exaltación de las afirmaciones más contradictorias. A los filósofos sucedieron los pensadores sutiles, los ensayistas amenos, los psicólogos de penetración admirable, pero cuya ciencia positivista y contradictoria, sin pretensiones de construir una visión completa del mundo, no podría envenenar los espíritus con anhelos suprasensibles.

Ahora bien, el arte necesita una metafísica para vivir; y si en vez de una metafísica se le da una teología, será mayor su pujanza. La catedral es la *Suma* petrificada. Por los cuadros del Greco corre la misma llama que arrebatava en éxtasis a Santa Teresa y encendía las estrofas de San Juan de la Cruz. En la Grecia clásica, el arte y la filosofía, trazan dos paralelas

de una precisión maravillosa. Vemos las mismas etapas en una evolución idéntica.

Aparece Mirón, el escultor del Discóbolo, el individualizador prodigioso, y junto a él se alza Heráclito, el filósofo de lo individual, el que en las cosas sólo ve la categoría del movimiento. Pocos años más tarde Polícleto de Argos realiza las proporciones pitagóricas, el Kosmos geométrico, los números formando el Universo. "La belleza, según el filósofo de Elea, es producida por la aplicación de una unidad en una cadena de cantidades". Así en el Doríforo, el Kanon de la escultura griega. Después, junto a Fidias, cuyo arte nos refleja las cualidades eternas de la materia, vemos a Anaxágoras, temperamento embriagado de lo absoluto; junto a Scopas, famoso por la intensidad de sus intuiciones psicológicas, Sócrates, el despiadado analizador del corazón humano; y cerca de Epicuro y su escuela panteísta y materialista, Praxiteles con su gracia mórbida, con el lirismo de su esfumado, con su sentimentalismo melancólico y sensual.

Hasta que la filosofía se agota, y con ella la poesía y el arte. Como en la época alejandrina. Como ahora. No queremos filosofía, porque la consideramos peligrosa y reaccionaria; y como era de esperar, nuestro arte debía quedar canijo y famélico. Dispuesto a servir al primero que diese un puñado de bellotas o un mendrugo de pan.

ESTE amo generoso y ejemplar fué el comunismo. ¡Con qué júbilo saludaron su aparición los poetas y los artistas! Los que antes no se cansaban de hablar de la poesía pura, de la dignidad, de la inspiración, de la independencia del arte, no tuvieron ahora el menor reparo en proclamar, que el arte es propaganda y que no importa que se ponga al servicio de una idea. Acordémonos del pobrecillo Alberti, y de otros más taimados que él, que vendieron sus títulos nobiliarios por un plato de lentejas.

Se dió el fenómeno extraño del comunismo haciendo gestos de mecenas, sonriendo a los escritores, señalando rumbos nuevos, haciendo promesas y carantoñas a los oficiantes de la pluma y el pincel. ¿Es que la fiera se había domesticado repentinamente? Todo menos eso. Más fácil era suponer que se trataba de una jugada más de su astucia diabólica. Entre el socialismo y el arte tiene que existir necesariamente una oposición irreductible. El arte requiere un mínimun de libertad que el socialismo no le quiere conceder; el impulso creador tiene que ahogarse a la larga en una atmósfera que se hace para él irrespirable. Platón y Tolstoi, dos teorizantes del ideal comunista, a pesar de ser grandes poetas, siguiendo el rigor de la lógica, se vieron obligados a condenar el arte, al echar de ver que era incompatible con sus sociedades mecanizadas. La revolución francesa empezó por barrer grandes obras artísticas, no solamente porque le recordaban días mejores, sino porque le parecieron irreconciliables con su falsa fraternidad. Bien

sabemos lo que hicieron los comunistas al apoderarse de Rusia, y lo que están haciendo, ahora, en las regiones de nuestra España. Las catedrales abrasadas, los monumentos destruídos, los museos aventados, las obras maestras perdidas para siempre son la prueba más evidente de su furia salvaje y de su cerrilismo integral. Y no creamos que esta saña contra el arte se fundaba únicamente en las concomitancias con la religión; es que han comprendido que el arte mismo---espíritu y luz---no tenía nada que hacer en su mundo materializado.

Y sin embargo, todavía hablan de renovación artística, y se atreven a hacer llamamientos a los trabajadores intelectuales. Gestos hipócritas de quienes consideran que no ha llegado aún la hora de arrojar completamente la máscara. ¿Qué arte podrá florecer en ese infierno, donde ni se pueden cantar las ansias más nobles del corazón humano, ni está permitido levantar los ojos al cielo; ni es lícito expresar los puros arrebatos del amor, o las mismas expansiones de la angustia por lo infinito serían un contrasentido? En ese mundo absurdo Eneas no hubiera podido encontrar su cantor y el genio del Dante se habría visto condenado a la esterilidad y a la impotencia. El arte auténtico necesita, surge al contacto de lo suprasensible, que le roza con sus alas; a semejanza de la irritación del grano de arena, que, según dicen, excita a las ostras para producir la perla. ¿No es natural que si nos empeñamos en apartar los granos de arena, nuestras ostras no crien perlas?

Todo esto lo sabe muy bien el comunismo; pero se da cuenta de que por ahora no le conviene asustar a los timoratos

o a los necios, para los que su doctrina es la última palabra del mesianismo. Además, esa grey de literatos y de artistas, que por un mísero salario ha ganado a su causa, los Gide, los Wells, pueden servirle de preciosos colaboradores mientras llega el día del triunfo definitivo. Ellos forjaron ese arte castrado e infecto, que corromperá y debilitará al mundo y le entregará en sus manos: el dibujo pornográfico, el drama de adulterio, la poesía sodomítica, el anuncio desvergonzado, la novela del odio y de la rebeldía, el artículo hipócrita y mentiroso. Hasta que ellos mismos, considerados como seres inútiles o peligrosos para la sociedad de la máquina y la materia, se vean precisados a dejar la pluma para empuñar la pala y el azadón, y el arte, después de haber sufrido la deshonra y la prostitución, será condenado a muerte.

DONDE encontraremos el remedio? ¿Será acaso en el fascismo, la fuerza que disputa al comunismo el dominio de la tierra? También él promete la renovación, pero con palabras violentas, que intimidan a los pusilánimes. Oigamos a sus voceros: "El soldado y el artista, dice uno, no tienen otra consigna en el mundo que ésta: matar o aprisionar enemigos". Otro clama: "La civilización se halla en estado de guerra y por eso el conflicto que se le presenta al hombre de letras es tan perentorio; no existe soldado de tan poderosas armas como el escritor, y su ausencia del combate sería traición o cobardía". Escuchad otra voz todavía más imperiosa e impaciente: "En nosotros está el poeta sano del poeta macho. Nuestra

poesía —falange funcional— pertenece a la nueva catolicidad romana. Simplemetne es criminal seguir cantando para uno sólo. Todos formados y en fondo para el himno del Jerarca... Estamos hartos de líricos y de marineros poetas; porque épicos y marineros con barcas y velas”.

¿Luego, caeremos otra vez en la servidumbre del arte? Examinaremos con cuidado este problema que no deja de ser delicado y tiene íntimas relaciones con nuestro concepto imperial del Estado. Empecemos por hacer una concesión a Oscar Wilde y a todos los estetas y pseudoestetas que consideran a todo moralismo como una intromisión grosera en el campo del arte: el arte tiene su campo propio y la belleza vale sólo por su condición de belleza. La literatura tiene su finalidad particular, o mejor su sentido; es un mundo aparte que en sí mismo halla sus razones de ser, sus goces y sus tormentos, sus castigos y sus recompensas. Hay una visión del mundo, despiadadamente objetiva y realista, hija de un estado de espíritu, que se caracteriza por su arder febril, por la tensión violenta de todas las energías hacia la acción, que tiende a aplicar a todas las cosas un criterio cerrado de utilidad y de finalidad práctica. Según ella, no habría manifestación vital, que no esté sujeta al principio utilitario de la vida técnica, mecánica y económica, siendo aceptable únicamente en cuanto tiende a producir un fin. En esta teoría pragmatista, el arte debe ser rechazado desde el momento en que no se proponga una finalidad práctica, quedando reducido a ser puro instrumento de la pedagogía o de la moral.

Debemos reconocer que esta concepción espiritual procede siempre de un ánimo generoso y que el impulso que le mueve no puede ser más laudable, pues tiende sencillamente a imprimir en la vida un sello de austeridad y una orientación definida, que surgen como natural protesta contra una corriente de extravíos y frivolidades. Sin embargo, es un hecho que exagera en su reacción o que no llega a expresarse con la precisión debida. Es preciso evitar este escollo del practicismo absoluto, huyendo a la vez de la plaga del estetismo, que sólo mira la obra del arte bajo su aspecto artístico, en el sentido abominable que Oscar Wilde atribuía a esta expresión.

De hecho, el verdadero artista no tiene otra gloria que la de sacar a la luz la vida que soñó en el momento de la inspiración, libertar su ser, exteriorizar su ideal, proyectar su verdad por medio de las representaciones vivas. Hacer brillar la verdad en el mundo, esta es la palabra. Por eso la antigüedad dijo que la belleza es el esplendor de la verdad. Y no se ha encontrado definición más verdadera. Es el esplendor de la verdad; es decir, de la luz que brilla en el espíritu y de la vida profunda del ser, en su más amplio contenido, en su fuerza fecunda rebosante de esencias y posibilidades. Muy bien; la belleza vale por su condición de belleza, pero no puede ser belleza si rompe todos los lazos que la unen con el mundo de la verdad y del bien. Sin su alma, que es la verdad, la belleza sería puramente exterior y mecánica, un puro pasatiempo, una pirotecnia de vana fantasmagoría, porque, como, decía Kingsley Porter, la decoración es tan sólo un

medio para conseguir el fin supremo: la expresión, y buscarla en primer término es correr el riesgo de la heroína de Ibsen, Edda Gabler, que a la postre sólo encuentra el hastío anulado de todas las cosas. Por eso, aquella severa advertencia de Platón, gran catador y conocedor de lo bello, cuando decía a sus discípulos que ante la belleza no había que entregarse con sumisión incondicionada.

Y esto es también lo que se ha de exigir al artista de la España que ahora nace.

“Amigo mío, le diremos, hasta ahora has estado haciendo el ridículo y perdiendo un tiempo precioso. Años y años te has pasado de rodillas ante el ídolo de la belleza y del arte puros, y el ídolo se ha reído de tí. Te has desdeñado de interrogar la Verdad; has despreciado los fueros del bien, has trastocado en una subversión tremenda las leyes más elevadas del espíritu, y ahora recoges los frutos de tu insensatez. Tus frutos son insípidos y malolientes. Se nos deshacen entre las manos como manzanas podridas. Has olvidado la verdad, y has perdido la belleza, esquivas a tus miradas porque no la buscaste con pureza de intención; has alterado la jerarquía interna de los valores y por eso has destruído tu obra, has malgastado tu ingenio y has amargado tu vida”.

No obstante, este hombre es un elegido de Dios, lleva en su pecho una llama celeste y en sus manos una fuerza creadora. Es preciso salvarle de sí mismo, romper los lazos que

encadenan su inspiración, abrirle los brazos, y darle el puesto que se merece entre los restauradores de nuestro imperio. Le enseñaremos a llenar sus ánforas de vida y de verdad, le admitiremos fraternalmente en nuestra tarea jubilosa, le infundiremos el noble orgullo de su misión en las filas, tensas de anhelos, vibrantes de optimismos, de los amantes de la España nueva. Y hablándonos de la verdad, y enseñándonos el bien, y reflejando ante nosotros, los esplendores de una vida llena, gozosa y victoriosa, hará surgir entre nosotros la explosión radiante del milagro de la belleza; sin percatarse casi de la armonía y seducción de las formas, se sentirá beatificado y transportado por el contacto de la realidad palpitante de plenitud y transparencia, que será el fruto de nuestros esfuerzos. Y su arte, como todo arte auténtico, como el arte de la Iliada, exaltación de las virtudes helénicas, como el arte de la Divina Comedia, definición y apología de los dogmas cristianos, como el arte del Quijote, escuela de generosidad y heroísmo, tendrá las dos propiedades indispensables para que pueda desafiar el paso de los siglos: sentido práctico e idealidad pura, utilidad y elegancia, agilidad de juego y noble sudor de trabajo. Como en la Virgen de Juan de Mena, que Eugenio d'Ors llama Nuestra Señora de la Amistad en una glosa sabrosa y sustanciosa. ¡Con qué elegancia, con qué gesto de suprema distinción, retira Nuestra Señora los pañales del Niño con tres dedos de la mano derecha, levantando al aire los otros dos! Es el gesto de la elegancia mundana, que retrataba Boldini, el pintor tziganesco de París. Pero éstas no mu-

dan pañales, ni sabrían mudarlos. "Levantar los dedos no tiene gracia alguna, si al mismo tiempo no se mudan pañales; tampoco hay gracia en el hecho de mudar pañales, si no se tienen los dedos libres y levantados. La gracia está en reunir las dos cosas." La gracia está en unir la verdad y la belleza. Desde hoy ese será el programa del artista; aprisionar rayos de luz y matar enemigos; aniquilar errores y encender estrellas; pilotar barcos con velas de ensueño y sostener el ánimo de los navegantes. Tanto mejor para el Arte y tanto mejor también para el Imperio. Porque ya lo decía Nebrija cuando en 1492 --año imperial-- publicaba la primera gramática castellana, "la lengua fué siempre compañera del imperio e de tal manera lo siguió que juntamente comenzaron, crecieron e florecieron, e después juntamente fué la caída de entrambos".

Así debe ser en la España de nuestros sueños, como en la España gloriosa de Fernando y de Isabel, de Cisneros y de Arias Montano, aquellos favorecedores de arquitectos, mecenas de poetas, creadores de universidades, autores de políglotas, restauradores de ciencias, despertadores de Espíritus, y alentadores de sabios. El arte proyectará su luz sobre el imperio, le iluminará, le glorificará; el imperio sostendrá el arte, le protegerá, enderezará sus extravíos, apoyará sus iniciativas, y alentará sus esfuerzos.

ASI lo entendía Augusto cuando trazaba el programa de su renovación imperial: el arte y la literatura serían dos instrumentos preciosos de la grandeza futura. También a ellos tenía que alcanzar el espíritu de renovación. A los oídos del emperador adolescentes llegaban ecos de versos preciosistas, que le llenaban de mal humor. Alejandrinismo de Catulo, un hombre dominado por los caprichos pasionales y las fantasías de la imaginación, el primer romano, que olvidándose de las tradiciones de su raza se encastilla en la frágil ciudadela del arte, indiferente a las luchas y a los partidos, ajeno a la historia de su tiempo, artífice de ritmos, tejedor de virtuosidades ilusorias, gran poeta malogrado, si la traición de Lesbia no hubiera venido a sacarle de sus frías imitaciones helenísticas para despertar en él la emoción auténtica, el fulgor de la verdad, la palpitación de la vida.

La peste podía infeccionar toda la literatura romana, pero allí está Augusto, el creador del imperio. Su actividad no se ciñe únicamente a las funciones políticas, ni a la vida social, ni al mundo de la economía y del comercio. Quiere, ante todo, la renovación espiritual, y para eso es necesario contar con los filólogos, con los poetas, con los historiadores, con los artistas. Los busca, los atrae, los acaricia, los ensalza, los asocia a su tarea, después de infundirles el hálito del sentimiento nacional, que es el alma de su vida. En un Estado bien constituido, como el que él construye, la literatura no podrá ser simplemente una distracción pasajera para gentes frívolas, sino un elemento constructivo y renovador; y los li-

teratos no gozarán de sus favores ni tendrán derecho a gozar de la gloria de Roma sino solamente olvidando sus egoismos, poniéndose al servicio de la virtud y del heroísmo romano, adaptándose a la nueva era y formándose una conciencia neta de su alta misión en las rutas luminosas del imperio. A Virgilio se le señala un tema digno de su genio y de la grandeza de Roma; a Horacio se le saca de las charcas malolientes de sus primeras sátiras para subirle a las cimas de una lírica altiva y severa; a Ovidio, el hombre de la habilidad técnica sin igual, se le quiere salvar de sus ligerezas; pero en su frivolidad incurable, en su sibaritismo egoísta es incapaz de comprender el noble impulso que mueve a sus compañeros, y tiene que salir desterrado al país de la barbarie y de las eternas nieves. Allí por lo menos, al ver lo que ha perdido, llegará a darse cuenta de la grande obra, en que se le invitaba a colaborar. Pero era digno del castigo: echa de menos a Roma, no por el brillo de su gloria, sino por su lujo y los alicientes que ofrecía al placer. Piensa en ella como un parisien pensaría en el boulevard.

DIOSE entonces un florecimiento inesperado, un arte imperial, una literatura clásica ¿por qué no podría ser ahora otro tanto? No creamos a Keiserling cuando nos anuncia que ha llegado el ocaso del ingenio; ni a Spengler, cuando nos dice que al llegar el apogeo de la máquina, se eclipsó para siempre el reino del espíritu. Cuando se abre un siglo de oro, el escritor corre la misma suerte que el artesano

y el soldado. Lo que debe terminar para siempre es la actitud privilegiada del talento, que sólo vive para ser rodeado de incienso y de adoración. El dandismo en literatura tendrá entre nosotros el mismo trato que el capitalismo escéptico y sin entrañas. El divo intelectual tendrá que convertirse en servidor humilde de sus hermanos, convencido de que la luz que lleva en la frente le ha sido dada para guiar a los demás. Cuando el labriego pone sus brazos y el soldado su heroísmo, y su habilidad el mercader, y el obrero su paciencia, cuando suena por todas partes la orden de trabajo y el grito de sacrificio, cuando el reclutamiento abarca a todas las clases de la sociedad, es imposible, es absurdo, que el escritor y el artista se queden orgullosamente apartados en las almenas de su torre de marfil. También ellos deben acudir al llamamiento y decir con gesto generoso: "Aquí estamos dispuestos al servicio generoso de nuestro rango. Nuestra pluma será espada, bastón, salterio, mástil, antorcha, bandera...; todo lo que quiera la Patria. La serviremos con amor, fieles siempre a la consigna del ideal, respetuosos con el imperativo sagrado de las eternas verdades. Cantaremos el heroísmo, diremos las virtudes de la raza hispana, ahuyentaremos las tristezas, disiparemos los desalientos, y nuestra voz será en la victoria himno de júbilo y en la noche columna de luz".

Tales serán nuestros guías. La España nueva protegerá a estos hombres, como guardadores y enriquecedores de su patrimonio; los protegerá y los alentará. El gobernante será su protector y su amigo. Si no le es posible producir genios, sabrá

al menos reconocer aquellos que se encuentren en su camino. Se rodeará de sabios más que de jugadores y deportistas, pero que se cumpla lo que decía el protonotario Lucena: "Jugaba el rey, éramos todos tahures; estudia la reina, todos somos estudiantes".

Y entre tanto, el divo, el saltimbanqui, el que escondió un talento en el sudario, o le consumió en piruetas estériles y fogaratas efímeras, serán arrojados a las tinieblas exteriores donde será el llanto y el crujir de dientes.

SENTIDO HUMANISTA DEL NACIONAL- SINDICALISMO

por

LVIS LEGAZ Y LACAMBRA

... DURANTE algún tiempo he leído en los periódicos
del "personalismo" como nuevo movimiento de
vida política. Este hecho, en sí mismo, merece la
atención y el interés de todos los que se ocupan
en España de los problemas de la vida política y
de personalismo colectivo. Pero el hecho de que
el personalismo y en una medida de importancia
sobre el Estado y su organización. Pero el
hecho de que personalismo y Estado se relacionen
de una manera significativa y efectiva. Pero el
personalismo puede llegar al nacionalismo. Pero el
personalismo no es una forma de personalismo.
Pero el personalismo es un movimiento de vida
política y humana. Pero el personalismo es un
movimiento de vida política y humana.

SENTIDO HUMANISTA DEL NACIONAL- SINDICALISMO

DURANTE algún tiempo he vivido bajo la sugestión del "personalismo" como norma y síntesis de mi filosofía política. Este hecho, en sí, no tiene mayor importancia y, desde luego, no interesa a nadie. Pero ocurre que en España ha sido frecuente la presencia de una peculiar fauna de personalistas coincidentes todos, al menos, en su gesticulación antifascista y en una suma de principios y puntos de vista sobre el Estado y su conexión con la persona humana. De esta suerte, el hecho de ser personalista se desviste de su anecdoticidad y adquiere significación y alcance categóricos. ¿Cómo un personalista puede llegar al nacionalsindicalismo? ¿O es el nacionalsindicalismo una forma de ser personalista o humanista? Pero ¿se trata siquiera de conceptos idénticos cuando se habla de personalismo y humanismo? Aclarar de algún modo estas cuestiones es la finalidad de las notas que siguen.

HASTA hace unos diez años, la filosofía alemana se hablaba bajo el signo personalista. La importancia adquirida en la psicología por la noción de "persona" y, sobre todo, el poderoso influjo ejercido por la ética de Max Scheler, eran los factores decisivos (junto con la tradición humanista, cuyos epígonos en filosofía representaban los neokantianos, con su idea formal de "Humanidad"). Converrían en Max Scheler una especie de neo-agustinismo y la fenomenología, bajo un signo personal de alta modernidad. Con su "ética material de los valores" había dado el golpe de gracia al formalismo moral kantiano y con su metafísica de la persona ponía de relieve que Kant, a pesar de su imperativo categórico, despersonalizaba al hombre (la *autonomía* de la persona era, en verdad, sólo *logonomía*). Para Scheler la persona era algo esencialmente concreto, y sus valores, los valores superiores a todos. Dios era concebido como una persona de las personas, y la nación y la Iglesia —como uniones de personas dotadas ellas mismas del carácter de personalidad—, aparecían como los modos supremos de integración en la tierra y un a modo de reflejo de la Comunión de los Santos, o comunidad ultraterrena de las almas en Dios. La ética personalista de Scheler tiene como idea central la de la solidaridad de las personas. Pero, a la larga, su personalismo ético se desliza imperceptiblemente hacia un individualismo político y social, cuyo primer síntoma está en el prólogo a la segunda edición de la *Ética*, en la que el autor declara hallarse más hostil que nunca a las tendencias "socialistas" de su tiempo y al predominio excesivo

que se concede a la "comunidad" y la "organización" en el seno de la Iglesia cristiana. Esta preocupación que, de personalista, se torna por último en integralmente humana, le lleva en los últimos tiempos a la elaboración de una antropología filosófica, herencia recogida y continuada por su discípulo Pablo Luis Landsberg, el pensador que tanto ha contribuido a despertar en los hombres de hoy el nuevo amor, que trae nuevo conocimiento, hacia la Edad media, en la que vió viva en todo momento la idea cristiana de que la personalidad es el bien máximo de la criatura.

Hace diez años que Heidegger ha hecho variar bastante la orientación de la filosofía, declarándose hostil al "personalismo" y desplazando la atención de la "persona" a la "existencia"—en lo que va acompañado de Jaspers y en lo que, en cierto modo, fué precedido por nuestro Ortega y Gasset—; pero, en definitiva, el personalismo y el existencialismo son signos del tiempo: distintas formas de dar expresión a una misma preocupación por el hombre.

En España, la auténtica angustia personalista era la representada por Unamuno, cuando gritaba con Michelet: *¡Mi yo, que me arrebatan mi yo!* y aseguraba que *un hombre vale más que toda la humanidad*". No sé hasta qué punto ha influido Unamuno en el pensamiento español, aun cuando considero que su influencia real ha sido más bien pequeña. Desde luego, ninguno de los que se declaraban admiradores suyos (que en realidad lo eran sólo de su gesticulación política) podría exhibir idéntica creencia en la *suprema realidad de España* y,

menos, igual proceso de angustia y "agonía" religiosa. Influenciado en parte por su tesis de que *nada hay tan universal como lo individual* publiqué hace unos años un estudio sobre la situación actual del Estado liberal de Derecho, en el que —sin perjuicio de haber visto equivocadamente el fascismo— advertí la imposibilidad absoluta del liberalismo en el empuje incontenible de la democracia de masas, que además constituía el mayor peligro para los valores de la persona, cuya sujeción al "régimen", exigida por los republicanos, me parecía insoportable.

Ultimamente, las tesis del personalismo recibieron un refuerzo valioso con Maritain, el filósofo católico que ha cumplido a maravilla la función de ganar adeptos católicos a la causa antifascista, precisamente en nombre del personalismo cristiano. Cuando en 1934 se publica en *Cruz y Raya* el manifiesto del movimiento *Esprit* que acaudilla en Francia Emmanuel Mounier, con su lema de la "revolución comunitaria y personalista", el terreno está bien abonado para que católicos como Semprún Gurrea o Alfredo Mendizábal se lancen decididos por esas rutas, que conducen a la *Tercera España* y a la *Pacificación cristiana*.

Dada esa atmósfera intelectual, no es extraño que lo poco publicado en España con carácter filosófico, jurídico o político llevase también el sello personalista. Fernando de los Ríos populariza en 1925 su interpretación humanista del socialismo. Poco después, Luis Recasens Siches introduce el personalismo en la problemática de la Filosofía del Derecho, bajo la

inspiración de Radbruch, ensayista brillante y gran perturbador de inteligencias, pese a su aparente claridad.

VEAMOS en qué sentido es Radbruch perturbador. Según él, en el mundo de la experiencia hay sólo tres clases de objetos dotados de valiosidad absoluta: personalidades particulares humanas, personalidades colectivas humanas y obras humanas. Por tanto, tres tipos de valores: valores individuales, valores colectivos y valores de las obras. Los dos primeros tienen carácter ético; los últimos son los valores lógicos y estéticos: el arte y la ciencia, la cultura. Según cuál sea el valor que se reconozca como primario, resultarán tres distintas actitudes filosófico-políticas: personalista o individualista, transpersonalista conservadora o superindividualista, y culturalista o transpersonalista propiamente dicha, a cada una de las cuales (excepto la última) corresponde la ideología de los distintos partidos políticos. El personalismo pone el Derecho y el Estado al servicio de los particulares o, más exactamente, al servicio de la ética individual. El transpersonalismo conservador rechaza el punto de vista personalista y se endereza ante todo a la conservación de la situación jurídico-política existente. Pero Radbruch reconoce que, dentro de esta concepción conservadora, la personalidad goza de mayor relevancia que en el personalismo, pero "no porque éste estime menos la individualidad, sino más bien por la razón inversa. El transpersonalismo puede introducir la individuali-

dad en el ámbito del Derecho, porque no significa para él un valor de orden superior, sino un medio al servicio de la comunidad. En cambio, por lo mismo que para el personalismo significa el fin de todo orden jurídico y político, puede realizarse más allá de la esfera jurídica. La personalidad ética es obra de la libertad, y por eso la coacción jurídica no puede convertirla en objeto suyo, sino limitarse —en la concepción personalista— a posibilitar dicha libertad." Así planteado el problema, y puesto que al culturalismo o transpersonalismo propiamente dicho no corresponde ninguna actitud política concreta (de no ser la que llama Radbruch "clerical", en lo que contradice Recanséns), en la necesidad de elegir entre la afirmación de la persona como fin, o su degradación a medio, parece fatal decidirse por el personalismo.

Claro que aquí radica el gran equívoco de la cuestión. Para la filosofía cristiana es indiscutible que la persona es un fin y no un medio, y dentro de esa denominación incluimos también a la filosofía del idealismo alemán (por tanto, también la de Hegel) que, como filosofía de la libertad, representa una versión secularizada de la idea cristiana de la persona. *Pero esta tesis ético-metafísica no tiene nada que ver con la cuestión de si el Estado se subordina a la persona o la persona al Estado.* Bastaría recordar la doble faz del hecho de la Inquisición: de un lado, representaba la máxima supeditación de la libertad personal a una norma impersonal; pero, de otra parte, la vigencia de esa norma se debía ante todo a un respeto máximo por la persona: la consideración de ésta como un fin en sí,

pero sólo realizado en la salvación. La cuestión está en si puede verse la esencia de la persona en las distintas manifestaciones externas de su libertad empírica. Si se contesta afirmativamente, entonces ha habido un deslizamiento del personalismo ético-metafísico al individualismo político —y en ese caso hay que arrostrar las consecuencias—; en otro caso, debe reconocerse que el superindividualismo puede ser, pero no es, necesariamente, antipersonalista.

La verdad es que se ha hecho del personalismo un valor político polémico, frente al fascismo, el cual, según el esquema de interpretación de Radbruch, cae de lleno en el transpersonalismo conservador o superindividualismo y es, por tanto, antipersonalista. Para el fascismo, se dice —jugando con el equívoco denunciado de la persona—, la personalidad no es un valor supremo, sino un medio al servicio del Estado. “No hay libertad fuera del Estado ni frente al Estado, sino sólo dentro del Estado”, se recuerda que proclama el fascismo. De ese modo, se dice, el individuo, el hombre, la persona, quedan aniquiladas, absorbidas por el moderno gigantesco Leviatán. El hombre deja de valer como hombre, para no tener otro valor que el de ciudadano del Estado totalitario. La consecuencia es el *panteísmo estatal*, el coco de Dom Sturzo y de todos los populismos que en el mundo han sido, y que todavía imputaba a José Antonio, en el Parlamento, abundando en el tópico, el señor Gil Robles. Para este fascismo de novela rosa, el enemigo doctrinal es Hegel. No se pretende aquí una defensa de Hegel, ni es tampoco el lugar de ex-

poner su teoría. Sólo se quiere protestar contra las interpretaciones gruesas de la misma, contra ese liquidar en un par de tópicos y frases hechas uno de los más ingentes sistemas que jamás haya elaborado el pensamiento humano. Y recordar, de paso, que, en efecto, el Estado es para Hegel "la realidad de la idea ética", lo "racional en sí para sí", el "fin absoluto en el que la libertad alcanza su derecho supremo". Pero también, que el Derecho es "existencia de la voluntad libre" y que ésta sólo alcanza la realidad de lo concreto en la eticidad, que es el concepto de la libertad; con lo que el Estado, encarnación de la eticidad, resulta ser "la realidad de la libertad concreta". En otros términos: si el Estado es el valor supremo, pero el Estado es la realidad concreta de la libertad, y la libertad es la esencia del hombre, ¿se puede decir que se degrada al hombre, a la persona, por el hecho de que precisamente en esa calidad forma parte del Estado? En verdad, desde este punto de vista, la filosofía hegeliana del Estado podría ser calificada tanto de personalista como de lo contrario. Y lo mismo podría decirse de la filosofía política fascista, si es verdad que hay tal filosofía "oficial" y ésta, según pretenden muchos, es la hegeliana o neo-hegeliana. Cuando Giovanni Gentile absorbe la sociedad y el Estado *in homine interiore* y, basándose en él, se afirma la identificación de individuo y Estado, ¿se degrada o se sublima al individuo? Recurrir aquí al esquema de Radbruch, tiene que fracasar necesariamente.

Como tiene que fracasar toda posición política que, en nombre del "personalismo", contraponga el individuo al Es-

tado como posibles valores supremos antitéticos. La formación de la personalidad ética es, desde luego, obra de la libertad; pero la libertad puede servir también para la deformación de la personalidad. El mismo Radbruch confiesa que, en el personalismo, el Derecho y el Estado están al servicio de la moralidad individual, pero por lo mismo, también al de la posible inmoralidad. Si Radbruch no fuese relativista, reconocería que es absolutamente preferible que el Estado sirva siempre a la moralidad, aunque sea por medios coactivos, precisamente en interés de la libre personalidad ética, de la personalización esencial. Por lo demás, ¿dónde comienza y dónde acaba la coacción de la personalidad por el Estado? Y ¿puede decirse en serio que sólo los regímenes llamados "totalitarios" ejercen esa coacción? Y ¿es posible desconocer que en *todo* régimen político hay un factor de totalización, variando sólo el acento de un régimen a otro? Es este un punto que procure poner en claro en el estudio antes mencionado sobre el Estado de Derecho, mostrando las tendencias dictatoriales de la democracia de masas y los factores totalizadores de la República española, y que más recientemente han sido estudiados con pleno acierto en la obra que Erich Voegelin ha dedicado al Estado autoritario.

SE ha mencionado antes el nombre de Maritain. Este ha sido encargado de dar una base filosófico-teológica más segura al personalismo, convirtiéndolo en un *humanismo integral*. De Maritain había llamado primeramente

la atención su "Primacía de lo espiritual"; pero sólo en estos últimos años ha logrado la popularidad prestigiosa de que merecidamente goza. Unas conferencias en la Universidad Internacional de Santander en el verano de 1934, dieron la máxima difusión en España a sus tesis sobre la *nueva Cristianidad*. El tema no podía venir más a tiempo, pues que poco antes había escrito sobre la *nueva catolicidad* nuestro Giménez Caballero, con la desventaja de que en éste, como alguien ha insinuado, no se han definido bien todavía la Roma ecuménica de Augusto y la otra Roma de los Papas —sede de Jesucristo— a la que sirvió nuestro César Carlos I, Emperador.

Maritain comienza por oponerse al humanismo al uso, causa de nuestros males, y el fruto del Renacimiento. El Renacimiento desconectó al hombre de su relación con Dios, y por eso su humanismo antropocéntrico fué un humanismo mutilado. Esta tendencia humanista fué tan potente en el Renacimiento que no se libraron de ella los jesuitas. La doctrina de la gracia de Molina —*Concordia liberi arbitrii cum gratiae donis*— equipara a Dios y a la libertad del hombre como dos fuerzas equivalentes que arrastran, a veces en sentido contrario, el carro del destino del hombre. Frente a esto, Maritain propugna un estricto retorno a la doctrina tomista de la gracia, en la que hay el fundamento para un humanismo *integral*, por *teocéntrico*. Hay que volver a restablecer la conexión entre Dios y el hombre, rota por el Renacimiento —exaltación de la libertad sin la gracia— y por la Reforma —imperio de la gracia sin libertad—.

Pero Maritain sigue considerando de un modo unilateral al hombre. De él sólo ve ahora su intimidad esencial, su relación ontológica con Dios. Maritain no ve al "hombre" sino la "persona". Y por haber conferido a la persona en el hombre el mismo valor de la persona en Dios, hace de ella un fin transcendente, el fin de la Ciudad, al cual se ordena ésta. Pero no falta razón a Joseph Desclausais (que criticó con acierto en *Acción española* las tesis de su colega) para temer "que la persona de Maritain sea, ni más ni menos que el individuo de Rousseau, pero disfrazado de ángel." El hombre aparece en Maritain desconectado de sus enraíces ónticos con la sociedad y la historia. Por eso equivoca Maritain su posición política y por eso no es tampoco *integral* su humanismo. El individuo, como parte de la Ciudad, está sometida a ésta, pero flota sobre ella como "persona", piensa el filósofo. De ese modo, la política —que sólo puede tener validez para el orden de la Ciudad— se centra en Dios y se convierte en religión. No hay, a partir de ese momento, más ciudad que la ciudad mística, más actividad humana que la santificación sobrenatural, más ciencia política que la religión. Pero a los que todavía no han reconocido a Dios, les queda la libertad, que es suya y no ha de serles arrebatada. La política, dice Maritain, requiere una cierta unidad, pero no tanto una unidad ideológica como una unidad del obrar, según un criterio cristiano. Es esto una superación del liberalismo neutro o anticatólico, puesto que da un fundamento cristiano a la acción política; pero como sólo se trata de acción, ésta puede ser llevada a cabo también por quienes

no se declaren teóricamente cristianos. Lo importante es buscar la coincidencia, realizarla y marchar adelante. De ese modo se respeta la persona humana, que es una forma de respeto a lo espiritual. Pero, por muy sugestivo que todo ésto nos parezca, hay que preguntarse si realmente la persona puede ser el fin de la Ciudad; pues aun cuando sea aquélla en nosotros una esencia, y perfecta, no tiene una existencia adecuada; no es acto sino potencia y deviene lo que es. Es algo existente y futuro a la vez; necesario y dependiente; un tema que espera su desarrollo imprevisible en las fantasías de su contingencia (Desclausais). Maritain quiere el respeto a toda manifestación de la libertad espiritual, y hace de esta exigencia un postulado político; quiere, por tanto, que todo partido abandone sus pretensiones totalitarias y practique el diálogo con el adversario; y él mismo nos da el ejemplo, dialogando a menudo. Pero ocurre que si las "derechas" se orientan cada vez más hacia su propio centro, las "izquierdas" hacen lo propio, es decir, lo contrario de lo que Maritain pretende. Y cuando así ocurre debe ser por alguna razón profunda que Maritain parece obstinarse en desconocer, y por eso pide el acercamiento recíproco, la coincidencia esencial (que el cristianismo, por ejemplo, busque la coincidencia con el comunismo, sin dejar éste de ser comunista ni cristiano aquél.) Pero esto es un imposible, al menos una imposibilidad política. La realidad política más profunda del momento actual es el enfrentamiento de dos concepciones totalitarias inconciliables. La solución no está en el diálogo y el abrazo final, sino en el triunfo de uno de los dos

totalitarismos. Esta solución les parece escandalosa a los personalistas del tipo de Maritain, convertidos en abogados defensores de la causa del "adversario", en cuanto adversario. Pero olvidan que el respeto a la persona del adversario no consiste sólo, necesariamente, en el compromiso, en la transacción con él, sino también en la integración de sus aspiraciones esenciales en el totalitarismo triunfante. Así, por ejemplo, es posible que Maritain identifique la causa del proletariado con el movimiento social-comunista y crea, en consecuencia, que el totalitarismo fascista, por incompatible con el comunismo, va a exterminar la libertad espiritual del proletariado. Es éste un error de trágicas consecuencias. La verdad es que ni el ser comunista es la única manifestación posible de la libertad espiritual del proletario, ni el totalitarismo fascista sofoca esta libertad. Recoger la voluntad proletaria revolucionaria, integrarla en el punto de vista nacional y adscribirla a una tarea universal supraclasista, no es ahogar sino ennoblecer la personalidad del proletario, es hacerle dejar de ser "proletario" para convertirlo en productor y ciudadano: es dar "realidad concreta" a su libertad espiritual. Cuando se desconoce esta verdad y se ve a un filósofo católico negar reconocimiento, en nombre de un personalismo cristiano, a un movimiento totalitario que, en definitiva, quiere salvar los mismos valores que aquél dice defender, piensa uno, no sólo que hay un error de Maritain, sino que Maritain es del error, que hay un *error Maritain*

NO se crea que estas críticas al personalismo exigen una renuncia a ser personalistas. Pero es que con llamarse personalistas se ha hecho muy poco. Afirmar que los valores personales son superiores a los colectivos o culturales no da la menor indicación sobre la estructura del Estado. Sin embargo, si con José Antonio afirmamos el respeto a la libertad profunda de la persona y aseguramos que sólo se respeta verdaderamente al hombre cuando se le estima, como lo estimamos nosotros, portador de valores eternos, entonces no sólo se perfila ya un concepto serio y entero de la vida, sino que se marca claramente la diferencia entre este personalismo y el individualismo político, que es lo que no hacen Radbruch ni la mayoría de los personalistas. Y al fin caemos en la cuenta de que el personalismo es un concepto insuficiente e incluso inservible para la política, por lo mismo que no tiene en cuenta al hombre total, sino sólo a la "persona". Y la persona está más allá o más acá del hombre, pero no coincide exactamente con él. El personalista olvida el problematismo del hombre real concreto, la angustia de la finitud, la *alegría a muerte*, etcétera. Por contra, el existencialismo, deleitándose beatamente en la contemplación de la existencia trágica, puede olvidar la persona. El nacionalsindicalismo es personalista; pero postula ante todo un humanismo integral, más integral que el de Maritain —que es sólo un personalismo—, totalitario, porque, implica una consideración total, entera, del hombre, que es "hombre y yo", bestia y ángel, animal político e intimidad personal, animal histórico y ser destinado a vida inmortal, ahis-

tórica, y que es todo eso juntamente, en unidad esencial de elementos sólo dialécticamente separables, que se convierten en puras abstracciones si se consideran con independencia unos de otros.

Para este humanismo totalitario que postula el nacional-sindicalismo, es esencial la integración en su sistema de la idea de la patria. La patria no es sólo uno de los valores transpersonales en cuyo servicio se ponen de relieve las calidades valiosas de la persona. Es eso, pero es también, y sobre todo, *una dimensión óptica del hombre*: por eso, el sin patria, el *apatrida*, es un hombre mutilado. Es lo que Ledesma Ramos acentuaba en su *Discurso a las juventudes de España* al hablar de la *dimensión nacional* del español. El fino pensador Hermann Heller, que casi era marxista, rectificaba en un punto a Marx: "los proletarios no tienen patria, decía; *pero deberían tenerla*". La Patria es consustancial al hombre. Claro que el hombre que ha perdido su patria no deja de ser hombre ni pierde los derechos esenciales que derivan de su personalidad ética. Pero el derecho fundamental del *apatrida* en cuanto tal es el de recibir una patria subsidiaria. La patria es, además, cosa esencialmente personal. Los destinos patrios suelen orientar decisivamente la dirección de la personalidad individual. Una existencia colectiva chabacana y decadente no es el medio más adecuado para que florezcan en abundancia las personalidades delicadas y prontas al sacrificio. En cambio, en las grandes convulsiones históricas, es precisamente la idea de patria la que actúa de revulsivo, operando el mi-

lagro de que las almas hundidas en el decadentismo de las pequeñas virtudes burguesas encarnen de nuevo calidades heroicas y se den en abundancia los más sublimes ejemplos de salvación de la "persona" en la ofrenda alegre de la vida.

Con ésto, claro es, no queda solucionado todo. El hecho de que la guerra sea un factor de auténtica "personalización", de salvación de la personalidad, no implica de por sí la existencia de un criterio personalista o humanista integral si, con Carl Schmitt, por ejemplo, se cree que para hacer teoría política "auténtica" hay que partir del supuesto de que el hombre es malo por naturaleza, y convertir la guerra contra un adversario —no importa cuál— en la realidad única de la vida estatal. Esto puede tener validez desde el punto de vista existencial; pero el nacionalsindicalismo no puede renunciar a la justificación ideal de la guerra. Y no puede ser justa una guerra que no tienda, en primero o último término, a la defensa de aquellos valores cuya subsistencia hace posible la salvación de la personalidad.

El nacionalsindicalismo es humanista, al modo del eterno humanismo español. Humanismo que es no sólo el cristiano personalismo propio de su catolicidad, sino un determinado modo constante de sentir el hombre y la existencia. Cuando el viejo Séneca decía que *vivere militare est*, expresaba el mismo concepto que la Contrarreforma y el nacionalsindicalismo, que ha hablado, por boca de su creador, de un sentido religioso y militar de la vida. Y la Contrarreforma es humanista: es ésta

la dimensión que le pertenece por su calidad de fenómeno renacentista (desde luego, entiendo aquí el humanismo no en su sentido estricto literario y pedagógico, sino en el sentido más profundo, que sólo se pone claramente de relieve en el post-renacimiento, de una tendencia favorable al desarrollo y aun la emancipación de la personalidad humana en todos los órdenes.) En otras ocasiones he aludido, en confirmación de esta tesis, a la españolísima figura del jesuíta Luis de Molina, con gran acierto emplazado por Maritain en el paisaje humanista del Renacimiento. Efectivamente, la doctrina de la gracia de Molina es una formidable valoración del esfuerzo humano, que por sí mismo, con sólo una acción conjunta de Dios (que no recaer sobre la voluntad, sino directamente sobre el efecto), puede labrarse su eterna salvación. Esta doctrina es el más rudo contraste que pudo oponerse al sombrío predestinismo calvinista y al jansenismo posterior. Por otra parte, mientras el humanismo laico renacentista conducía inexorablemente a un desequilibrio y rotura de la esencial unidad del sujeto humano, la concepción española imponía la unidad del hombre. Al paso que los creadores de nuestro Derecho de Gentes, con inimitado sentido de la universalidad, afirmaban la unidad entre los hombres.

Por eso, el postular con el nacionalsindicalismo un Estado totalitario que sea un instrumento al servicio de la integridad patria, no es una contradicción, sino una confirmación del personalismo y el humanismo. Esto no sería posible si el nacionalsindicalismo adoptase una actitud "nacionalista". La

nación, en efecto, para poder ser afirmada como un valor, no puede considerarse desligada de una universalidad superior, en la cual, y para la cual, realice una tarea misional. El nacionalismo se vuelve de espaldas a esa universalidad y se despreocupa de la tarea que en ella le incumbe realizar. La nación nacionalista vive para sí: vegeta. En el mejor de los casos, exporta modas femeninas, modos de amar o marcas de cigarrillos. Pero la nación, afirmada como suprema realidad valiosa, no es, no puede ser eso. Max Scheler decía que las naciones son personalidades colectivas; y empleaba la palabra personalidad en sentido análogo al de persona individual. Y su noción de la persona podría resumirse en la idea de servicio. Los valores de la persona se realizan en el servicio a lo transpersonal. Siendo así, se deduce que aquellas naciones que carecen de valores de personalidad son justamente las nacionalistas. Por dicha suya, España no ha sido nunca una nación nacionalista, sino una nación imperial: una nación que ha servido y sirve a la humanidad, sirviendo a la catolicidad.

El nacionalsindicalismo es, pues, la forma más seria de ser personalista y humanista. Dar al hombre la patria, el pan y la justicia y adscribir su vida, entendida como milicia, al servicio de la catolicidad, es abarcar al hombre en las más esenciales dimensiones de su ser: es la posibilidad de formar hombres con longitud y latitud, hondura y sublimidad, como quería San Pablo —que es el supuesto para poder instaurar el humanismo en la cultura. El nacionalsindicalismo es la realidad concreta del personalismo y del humanismo: *es el modo más serio de respetar al hombre en cuanto hombre.*

PUBLICO

POESIA

MARON

Virgilio

Del Valle

Vivanco

nación, en efecto, para el nacionalista, la nación puede considerarse desde el punto de vista de una universalidad en la cual, y para la cual, valen sus leyes morales. El nacionalismo se vuelve de este modo universal y se preocupa de la tarea que en ella le incumbe realizar. La nación nacionalista vive en el mejor de los casos en un estado de tensión, como si quisiera marcar o marcarse. Pero la nación, en su propia realidad, no es, no puede ser eso. Max Scheler decía que las naciones son personalidades colectivas; y empleaba la palabra personalidad en sentido análogo al de persona individual. Y su noción de la persona podría resumirse en la idea de servicio. Los valores de la persona se realizan en el servicio a lo transpersonal. Según así, se deduce que aquellas naciones que carecen de valores de personalidad son justamente las nacionalistas. Por dicha razón España no ha sido nunca una nación nacionalista, sino una nación imperial: una nación que ha servido y sirve a la humanidad, sirviendo a la catolicidad.

El nacionalismo es, pues, la forma más alta de ser personalista y humanista. Dar al hombre la paz, el honor y la justicia y atribuir su vida, entendida como servicio al servicio de la catolicidad, es abarcar al hombre en sus más esenciales dimensiones de su ser: es la posibilidad de vivir libremente con fe y dignidad, honra y subsistencia. Como quería San Pablo — que es el supuesto para poder entender el humanismo en la cultura. El nacionalismo es la realización concreta del personalismo y del humanismo: es el modo más serio de respetar al hombre en cuanto hombre.

PVBLIO VIRGILIO MARON

P·VERGILI·MARONI

CARMINA·QVI·LYST

PASTORVM·ARVORVM·EVCTANVM

QVOD·ERCA

DIVVM·IVLIVM·CAESAREM

SVB·DAPHNIS·SPECIE

AETERNIS·NOS·DAMNABIT·VOTIS

GRATI·OBNOVICIVS

HISPANICO·SERMONE

INMORTALE·REDDENS·CARMEN

D·D·

EGLOCA QVINTA

P · VERGILI · MARONI

CARMINA · QVI · LVSIT

PASTORVM · ARVORVM · DVCVMQVE

QVOD · ERGA

DIVVM · IVLIVM · CAESAREM

SVB · DAPHNIS · SPECIE

AETERNIS · NOS · DAMNARIT · VOTIS

GRATI · OBNOXIIQVE

HISPANICO · SERMONE

INMORTALE · REDDENS · CARMEN

D · D ·

TAMBIEN ERRARON EN ESTA

los que dicen que estos dos Pastores lloran la muerte de Quintilio Varrón o de Flaco Marón, hermano del Poeta, no siendo así, porque en ella lloraron la cruel muerte de Julio César, a quien poco antes habían muerto en el Senado. Son de este parecer Mancinelo y Ascensio, y que sea así, probarse ha con algunos versos y lugares de esta Egloga, en la cual Dafnis se toma por Julio César. (Del COMENTO DE LA QVINTA EGLOGA DE VIRGILIO por Diego López natural de la Villa de Valencia, Orden de Alcántara, y Preceptor en la Villa de Olmedo.) Y para glorificar su nombre le dedica JERARQVIA estas páginas en el bimilenario del Fundador del Imperio Romano que en él tuvo principio.

EGLOGA QUINTA

MENALCAS

PUESTO que estamos juntos los mejores, y al dulce
toque de tu zampoña puedo elevar mi verso,
¿por qué no descansamos bajo la fresca sombra
que entretejen las ramas del castaño y el olmo?

MOPSO

Tú eres mayor y al tuyo mi parecer se iguala
bien gocemos la sombra que hace el céfiro incierta,
bien en la cueva entremos. Mira cómo derrama
la vid agreste el oro de sus prietos racimos.

MENALCAS

Sólo compite Amintas contigo en nuestros montes.

MOPSO

¿Qué extrañas, si atrevido compitió con Apolo?

MENALCAS

*Principia, oh Mopso, canta los amores de Filis,
la alabanza de Alcón, la querella de Codro.
Tityro guardará los cabritos que pacen.*

MOPSO

*Primero he de cantar estos versos que un día
grabé sobre la verde corteza de las hayas
alternando el dolor con la gracia del canto;
tú después juzgarás si me compite Amintas.*

MENALCAS

*Cuanto al sauce superan los olivos de plata,
cuanto al humilde espliego los purpúreos rosales,
tanto cede a tu voz la presunción de Amintas.
Pero deja estas cosas pues en la cueva entramos.*

MOPSO

*Muerto te lloran, Dafnis, los dioses, nadie olvida
el clamor levantado por tu muerte violenta.
Testigos son los olmos y las doradas ninfas
del agua moradoras, cuando tu blanco cuerpo,
ya inútil al abrazo, la madre sostenía
llorando la temprana crueldad de las estrellas.*

*Nadie en aquellos días llevó al pasto el ganado,
nadie dejó sus huellas sobre la yerba alegre,
nadie condujo al río los bueyes soñolientos.
Por tí, oh Dafnis, temblaron las valientes montañas,
por tí hablaron las selvas, por tí los altos aires
refieren que en tu muerte lloraron los leones.
Tú, que unciste los tigres a los carros triunfales,
y enseñastes el rito de la danza sagrada,
y enramaste las lanzas con las errantes hojas.
Como la miés da al campo su decoro encendido,
como la vid prestigia la soledad del olmo,
como el toro grangea la atención del rebaño,
¡tú eras todo el decoro de los tuyos! Y ahora
que los dioses llevaron hasta el cielo tu gracia,
por tí ha dejado Apolo los solitarios campos,
por tí, oh Dafnis, el cielo desterró la esperanza,
y el surco en que tu mano sembró la noble espiga
se cubre esterilmente de cizaña y avena.
Por la dulce violeta y el purpúreo narciso
nace el cardo cercado de enemigas espinas.
Pastores, ¡esparcid por la tierra las rosas!
¡Cubrid con verdes ramos el cristal de las fuentes!
¡Alzad el triste túmulo como Dafnis ordena
y grabad en la tumba las siguientes palabras:
Yo soy Dafnis, famoso desde la selva al cielo,
Pastor de hermosos pueblos, él mismo más hermoso!*

MENALCAS

*Tales tus versos son, oh el primero entre todos,
como el sueño en la grama para el cansado cuerpo,
como en la sed ardiente que el verano despierta
la dulzura del agua que salta entre las rocas.
Pero no sólo igualas con la flauta al maestro
sino en la voz también, oh niño venturoso.
Tú serás desde ahora como el Dafnis divino.
Yo cantaré contigo sus gracias alternando
y la gloria de Dafnis llevaré a las estrellas,
y a Dafni ensalzé, que también a las estrellas,*

MOPSO

*No habrá riqueza alguna que a tu canto se iguale.
Canta, que Dafnis era digno de tu alabanza
y ayer Estimicón me ponderó tus versos.*

MENALCAS

*Dafnis llega a la entrada del Olympo, su cuerpo
siente extrañeza y nace resplandeciente y blanco,
y siente bajo el pié que las estrellas mide
el paso de las nubes; una alada alegría
va inundando los campos, y los pastores cantan,
y cantan las doncellas escogidas; el lobo
ya no tiende celadas al recental dulcísimo,
ni la red acechanzas para el tímido ciervo.
Todo canta en la tierra con la vasta hermosura*

*de la voz de los montes, las arboledas cantan,
y las rocas anuncian: "Ya Dafni es dios ¡ay, siempre
seas bienhechor alegre para los tuyos! Aras
tendrás donde los hombres celebren tu memoria,
tendrás todos los años dos copas de alba leche
y dos vasos de aceite sacramental y unguento;
los convites de Baco te darán sus primicias,
y ante el fuego leal que acaricia en invierno
o a la sombra piadosa del manzano en estío,
el dulce néctar nuevo derramaré en las copas.
Para tí las sonrisas serán siempre y el canto.
Cuando honremos las ninfas con los votos solemnes
y las lustrales aguas nuestros campos bendigan
guardaremos los laudes y el honor de tu nombre
por siempre, mientras amen los ciervos la espesura
y los peces se muevan en las corrientes claras,
y apaciente el tomillo las doradas abejas,
y a las roncadas cigarras alimente el rocío.
Como a Baco y a Ceres te harán los labradores
sus votos anuales, y tu también, como ellos,
castigarás la mano que tu alabanza olvide.*

MOPSO

*Quiero hacerte un regalo que premie bien tu verso,
que no me agradan tanto los silbos veladores
del viento, ni la playa batida por la espuma,
ni las aguas que bajan desde la nieve al valle.*

MENALCAS

*Te donaré la frágil zampona que ha cantado
la hermosura de Alexi con amoroso fuego,
y alternó con Dametas los versos pastoriles.*

MOPSO

*Y tú, toma el cayado que Antígenes quería,
fuerte báculo, hermoso por sus iguales nudos
y labores de cobre que mis manos labraran.*

ADRIANO DEL VALLE

*Camina Camina, recorriendo
orillado los húmedos senderos
de un Tajo que corre en el valle
a un negro Tule, de color.*

*Envenado en brisas de nubes,
le acuden los aromas de las flores,
le acuden los más firmes olores
de un encuentro de brisa de pliegues.*

*El bote capta de mariposas,
las libélulas libélulas del viento
le retiene como a humana ciudadela.*

*y el Mantical de Campo de las rocas,
el ruisenor del verde campanero,
con su alarma canora se desvía.*

SONETO A GARCILASO

CAMINA Garcilaso, deslumbrado,
orillando los húmedos verdores
de un Tajo que refleja en resplandores
a un mágico Toledo arrebolado.

Enajenado en éxtasis dorado,
le asedian los aromas de las flores,
le asaltan los suavísimos olores
de un escuadrón de lirios desplegado.

Esbelto capitán de mariposas,
las húsares libélulas del viento
le cercan como a humana ciudadela;

y el Mariscal de Campo de las rosas,
el ruiseñor del verde campamento,
con su alarma canora se desvela.

SONETO AL RIOTTAJO

Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

GARCILASO.

*S*I almenado de juncos pasa el río,
pasa el Tajo imperial y cristalino,
el ave, disparándole su trino,
pone un cerco canoro al bosque umbrío.

*Pertrechado de flor, el praderío
le abastece de arroyos el camino,
le abastece en lo humano y lo divino
de adelfares, de fango y de rocío.*

*Capitán, Garcilaso, de sus fuentes,
cien églogas rindieron sus banderas,
cien chopos se abatieron a su paso;*

*y en los romanos ojos de sus puentes
van llorando las aguas plañideras
al capitán del Tajo, a Garcilaso.*

SONETOS A BECQVER

LA LLUVIA

¡Cima de la delicia!
JORGE GUILLÉN.

PACIENDO está la lluvia en el sembrado,
paciendo está y rumiando trebolares,
lavando el majadal con azahares,
balidos de aguacero y sol mojado.

Arroyo recental, junto al cayado
de un álamo pastor sienta sus lares;
y el aguacero allí pace adelfares
y abreva un bajo cielo resbalado.

Bécquer llovizna así, llovizna en Rimas
ese llanto que pace entre los trigos
con lágrimas vestidas de amapolas;

cima de la delicia entre las cimas,
Bécquer llora entre pájaros amigos
lavando con diamantes las corolas.

LOS AROMAS

¡..... que el prado por abril, de flores lleno.

GARCILASO.

BALIDOS del jazmín y la azucena,
del lirio recental sin los pastores,
aromas en vaivén balan las flores
y el pétalo su esquila allí resuena.

*El aire es un zagal que se enajena
con céfiros y aromas voladores;
rebaño de jazmines trepadores
mil vellones de olor en blanco estrena.*

*Pastoreando el prado de tus Rimas
el arpa es tu redil, y a un son ameno
trashuman las violetas con las rosas;*

*cima de la delicia entre las cimas,
en prado por abril, de Rimas lleno,
sus rabadanes son las mariposas.*

LA TUMBA

*Donde habite el olvido,
allí estará mi tumba.*
GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER.

NENUFARES, acantos y asfodelos,
siemprevivas, ranúnculos, airosas
campánulas que trepan de las losas
buscando la espadaña de los cielos.

*Espuela de galán que espolean celos
de albahacas, mosquetas y mimosas;
jacintos rondadores de las rosas
y adelfas cortejadas de riachuelos.*

*Si Flora se volcó sobre sus Rimas,
Bécquer fué San Isidro de sus flores
allí donde Aquilón nunca retumba;*

*cima de la delicia entre las cimas,
las voces de sus ángeles cantores
ahuyentando el olvido de su tumba.*

LVIS FELIPE VIVANCO

LIRA SERENA

de los siglos que amanecieron
aquí, a los ojos, pronto
su fiesta regnada,
comienza a ser palabra revelada.

Su milice silenciosa
preludia el pensamiento abstracto
que la tierra precisa
y el cielo, ya en el espacio

BA espesan blanca y sola
tiende en la arena el mano regimiento
de la rotunda ola,
y el alto mar violento
termina en tierno albor y blando acento.

El cielo, dividido
escucha el son de la derecha playa,
en frente azul dormido
y sigue que desmaya
el breve cuerpo que en el viento enlaza.

La tarde lirajeta
inventa a caminar con pies horizontales
por la abierta ribera
que al fugitivo instante
baja en la luz, ya triste, ya brillante.

*Y el mar, que en su hondo seno
es tan antigua voz desesperada,
aquí, a tan débil freno
su fuerza resignada,
comienza a ser palabra revelada.*

*Su música indecisa
preludia el pensamiento silencioso
que la tierra precisa
y el cielo, ya en reposo,
convierte en alto ejemplo luminoso.*

ODA SEGUNDA

AL esforzar mi anhelo
en claridad de ser, tu luz entera
¡oh levantado cielo!
entraña en verdadera
sangre del hombre mi ascensión ligera.

¡Oh celestial firmeza,
residencia de Dios, alta alegría
que humillas la belleza
donde confirma el día
todo el misterio que en su rayo envía!

Ni el sueño ni la altura
colmaron mi fervor, mi frente herida
prefiere tu ventura,
de tierno afán ceñida
que al sabor de la gloria da cabida.

*¡Oh firme luz creada
para mis lentos ojos soñadores!
¡Oh soledad bañada
por tan claros fulgores,
sombra de los divinos resplandores!*

*¡Oh siempre preferida
visión del alto cielo, reclinado
sobre la mansa huída
del tiempo que, ordenado,
la claridad camina reposado!*

ODA TERCERA

EL año presuroso
es un misterio igual en luz presente,
ya, rico y victorioso,
la verdecida frente,
ya el blanco invierno en desnudez ostente.

Los meses ya, regidos
por el dulce fervor que el alma llena,
caminan decididos
en procesión serena
que un alto y perdurable ejemplo ordena.

Las estaciones bellas,
con abrasado aliento o fino yelo,
conducen sus estrellas
por la quietud del cielo,
renovando en los ojos el consuelo.

*La primavera nace
en las tranquilas flores obedientes,
y la nieve deshace
su altura en transparentes
arroyos vivos de aguas diligentes.*

*Aumenta el seco estío
la sed vibrante que a la tierra exalta,
y del menguado río
la voz amiga falta,
y muere el campo en su cosecha alta.*

*El otoño, templando
su fuego intenso en su oración severa,
sus horas devanando
el viento, aún espera
el resplandor marchito de su hoguera.*

*El invierno desnudo
brinda, en la luz más cierta y delicada,
su pormenor agudo,
y ausente la mirada
en nívea cumbre yace abandonada.*

ODA CVARTA

SEÑOR, de tu locura
siembra en mi pecho la inmortal semilla,
y donde tu criatura
es dulce maravilla
miren mis ojos tu verdad sencilla.

Unidos tierra y cielo,
consagre la unidad de tu presencia
el asombrado celo
de la humana obediencia,
cautiva de tu gloria mi conciencia.

A mi pobreza, atento
llegue el sonido de tu voz cercana,
que aplica el movimiento
de su palabra humana
al hondo ser que mi ansiedad profana.

*Sereno en Tí, te ofrezco
la verde orilla en que mi sed termina,
si ya pisar merezco
tu soledad divina
con mi cansada historia peregrina.*

*Miren, de tu criatura,
mis ojos, que ya el cielo ha recreado,
la humilde compostura,
y en dulce tiempo amado
aprendan a cumplir su noble estado.*

ODA QUINTA

OH virginal doncella,
de tu Nombre purísimo, María,
cuando la blanca estrella
renace con el día
las aves cantarán la letanía!

Cumpliendo la promesa
resplandeció tu integridad suave,
y todo el cielo pesa
con indulgencia grave
sobre la fiel salutación del Ave.

Si en tu virtud sencilla
la Trinidad perfecta se gozaba,
hincando la rodilla
el Arcángel mostraba
la gracia del Amor que le enviaba.

*Tú, Virgen florecida,
diste el milagro de tu aroma al viento,
y el aura agradecida
que recogió tu acento
vistió de alegre luz el aposento.*

*Sube el Arcángel alto
restaurando la paz amanecida,
y al tierno sobresalto
de su alada subida
te llamarán los siglos escogida.*

*El álamo frondoso,
la yerba humilde donde el agua suena,
y el vuelo rumoroso
de la rubia colmena
canten tu suavidad de gracia llena.*

*Que está mi voz colmada
de inútil soledad y el canto ignora;
a tu ulce mirada,
piadosa en mí, Señora,
deba mi cruz ligera y redentora.*

